

Vallejo, Fernando Romero, Rosa Arciniega, Ciro Alegría, José Díaz Canseco y el propio autor de esta selección, cuyos cuentos son bastante conocidos en el público chileno, pues muchos de ellos han sido publicados en los diarios de Santiago.

Bazán ha procedido con gran acierto en la selección que ha hecho, tanto en lo que se refiere a los autores como a los cuentos mismos que de éstos escogió. Notamos, sin embargo, que falta Emilio Romero, cuyos relatos del Titicaca son de gran interés.

CLOCHEMERLE.

<https://doi.org/10.29393/At206-9CODI10009>

La Editorial «Quetzal», de la ciudad de México, ha publicado últimamente esta novela de Gabriel Chevalier, que es una aguda sátira a la sociedad francesa de hoy.

En esta novela, Chevalier pinta la vida de una pequeña aldea, Clochemerle, y por sus páginas desfilan una serie de personajes muy pintorescos. Es la caricatura de la pequeña burguesía provinciana, con sus chismes y su afán de arribismo. Personajes ridículos que no tienen otro mérito que su audacia y su tenacidad, se enciman y conquistan puestos de gran importancia. Son los genuinos representantes de una democracia en desintegración. No menos grotescos aparecen los representantes de una nobleza en decadencia, como la baronesa Alfonsina de Courtebiche y su yerno Oscar de Saint-Choul.

Chevalier es un espíritu burlón, travieso y no pocas veces mordaz. A pesar de su gracia, de su ironía, este libro produce una impresión desconsoladora. Hace recordar a aquella novela «Frontamara» de Ignacio Silone, en la cual este escritor italiano se burla del régimen fascista, que impera en su patria. Chevalier hace otro tanto con los representantes de la democracia. Pero se le pasa la mano, pues en esa aldea de Clochemerle se deja entrever la vida entera de Francia, de una Francia que

se deshace, corroída hasta la raíz de su vitalidad, por la falta de moral y de pureza en sus costumbres.

El novelista comienza su libro presentando a dos singulares personajes: el alcalde, Bartolomé Piéchut y su secretario Ernesto Tafardel. Ambos caminan ensimismados, pensando en la manera de resolver un grave problema. Hay que dar pruebas de que la autoridad se preocupa de hacer adelantos en el pueblo. Y por fin Piéchut alza la cabeza triunfadora, para explicar a su secretario la genial idea que se le ha ocurrido: El Municipio construirá un urinario. Será la primera aldea que lo tenga. El secretario se queda asombrado de que su jefe tenga ideas tan profundas. Y el urinario se construye, y es alrededor de él, que gira todo el relato. Las beatas se horrorizan de que los hombres entren, sacándose algo que no es decente. Con este motivo se arma el mayúsculo escándalo. Interviene la baronesa, el senador de la provincia, un general y un comandante de regimiento. El arzobispo también se ve obligado a preocuparse del asunto. Los diarios republicanos defienden la democracia, defendiendo el urinario de Clochemerle. Las cosas llegan a un extremo terrible. Un día, Justina Putet, una de las beatas más encarnizadas en contra del urinario, pues lo vigila durante todo el día desde la ventana de la casa de altos donde vive, se vuelve loca y sale corriendo desnuda hacia la iglesia, donde se produce la más espantosa confusión, pues la mujer en su locura enrostra a todos los feligreses su cobardía para concluir con el urinario. Pero Piéchut, un día es senador, y su secretario Tafardel luce la roseta de la Legión de Honor.

Es demasiado como crítica a un pueblo. Aunque después de todo quién sabe si a Francia esto le hará bien y volverá así más pronto al camino de esa cordura, de esa ponderación y medida de que tanto se habla como patrimonio espiritual del pueblo francés.